

aquel acontecimiento. El resto del botín cogido en el campamento fué abandonado á los romanos. En cuanto llegó á Orico la noticia, M. Valerio llevó su flota á la desembocadura del río, para que el rey no pudiese escapar por mar. Desesperando entonces Filipo de resistir por tierra ó por mar, hace encallar sus naves, y vuelve por tierra á Macedonia con soldados, en gran parte desarmados y desprovistos de todo. La flota romana, mandada por M. Valerio, pasó el invierno en Orico.

En este mismo año los acontecimientos tuvieron suerte varia en España. Antes de que los romanos pasasen el Ebro, Magón y Asdrúbal habían derrotado numerosos cuerpos españoles; y la España Ulterior habría renunciado á la alianza de los romanos, si P. Cornelio, cruzando rápidamente el Ebro con su ejército, no hubiese llegado á tiempo para fortalecer á sus aliados indecisos. Acamparon primeramente en Castro Albo, lugar famoso por la muerte del grande Hamílcar, y ciudadela fortificada donde habían acumulado trigo. Sin embargo, como el enemigo ocupaba todo el país, y su caballería había atacado impunemente al ejército romano matando cerca de dos mil hombres retrasados ó que vagaban por los campos, los romanos se retiraron á lugares más tranquilos y establecieron un campamento fortificado cerca del monte de la Victoria, ocupándolo Cn. Escipión con todas sus tropas. Asdrúbal, hijo de Gisgón, uno de los tres generales cartagineses, llegó también con un ejército regular, y todos se establecieron del otro lado del río en frente del campamento romano. P. Escipión con algunas tropas ligeras, partió secretamente para reconocer los alrededores: viéronle los enemigos y le habrían deshecho en la llanura, si no se hubiese apoderado de una altura cercana. Rodeáronle allí, pero la llegada de su hermano le libertó. Castelo, ciudad de España, muy fuerte y famosa y tan

adicta á los cartagineses que la esposa de Aníbal era de allí, pasó sin embargo á los romanos. Los cartagineses emprendieron el sitio de Ilturgis, que tenía guarnición romana, y parecía que por hambre más bien que por fuerza se apoderarían de ella. Cn. Escipión, con objeto de socorrer á los aliados y la guarnición, partió con una legión sin bagajes, atravesó los dos campamentos haciendo considerable matanza de enemigos, y entró en la ciudad. A la mañana hizo una salida igualmente afortunada; perdiendo el enemigo más de doce mil hombres en estos dos combates, cayendo prisioneros más de mil y apoderándose de treinta y seis enseñas. Retiráronse, pues, de delante de Ilturgis, y comenzaron el sitio de Bijerra, aliada también de los romanos; pero al llegar Cn. Escipión levantaron el sitio sin combate.

Desde allí marcharon los cartagineses sobre Munda (1) siguiéndoles los romanos. Allí combatieron en línea durante cuatro horas y los romanos eran evidentemente victoriosos cuando tocaron retirada. Escipión acababa de recibir un lanzazo que le atravesó un muslo y los soldados que le rodeaban temieron que la herida fuese mortal. Sin esta desgracia habrían tomado el campamento de los cartagineses aquel día. Los soldados y los elefantes habían sido rechazados ya á las fortificaciones y hasta debajo de ellas, habiendo quedado acribillados de venablos treinta y nueve elefantes. Dícese que en este combate perecieron otros doce mil hombres, cayendo prisioneros tres mil con cincuenta y siete enseñas. Los cartagineses se retiraron hacia la ciudad de Auringe, adonde les persiguieron los romanos para aprovechar su espanto. Escipión, llevado en

(1) Ciudad de la Bética, célebre por la reñida batalla en que César venció á los hijos de Pompeyo. Hay otra Munda en la Celtiberia.



una litera les dió otra batalla, en la que no fué dudosa la victoria, aunque murieron la mitad menos de enemigos porque quedaban menos combatientes. Pero la familia de Aníbal había nacido para hacer la guerra y reparar las pérdidas. Asdrúbal envió á su hermano Magon para que levantase tropas. Muy pronto quedó completo el ejército, inspirando bastante confianza para arriesgar otra batalla. Pero los soldados, muy diferentes de sus generales, combatiendo por un partido tantas veces vencido en pocos días, marcharon al enemigo con iguales disposiciones que antes y con igual desgracia. Murieron más de ocho mil hombres y cayeron prisioneros cerca de mil con cuarenta y ocho enseñas. Casi todo el botín se compuso de despojos galos, collares de oro y brazaletes en número considerable; pereciendo también en aquella batalla dos jefes galos muy famosos, Menicapo y Civismaro. Apoderáronse de ocho elefantes y murieron tres. Al ver sus triunfos en España, avergonzáronse los romanos de haber dejado, por espacio de ocho años ya, en poder del enemigo la ciudad de Sagunto, primera causa de esta guerra. Arrojaron, pues, de ella á la guarnición cartaginesa, recobraron la ciudad y la devolvieron á aquellos habitantes antiguos que habían escapado de las desgracias de la guerra. A los turdetanos, que fueron causa de la guerra entre Sagunto y Cartago, los sometieron, los vendieron como esclavos y arrasaron su ciudad.

Estas cosas ocurrieron en España bajo el consulado de Q. Fabio y de M. Claudio. En Roma, desde la entrada en funciones de los nuevos tribunos del pueblo, uno de ellos, L. Metelo, citó ante el pueblo á los censores P. Furio y M. Atilio, que el año anterior, aunque era cuestor, le quitaron el caballo, le arrojaron de su tribu y le pusieron en la categoría de pechero, porque formó en Cannas el proyecto de abandonar la Italia.

Gracias á los otros nueve tribunos, los censores no tuvieron que defenderse mientras ocupaban el cargo, y fueron absueltos. La muerte de P. Furio impidió que terminasen el censo. M. Atilio dimitió el cargo. El cónsul Q. Fabio Máximo presidió los comicios para las elecciones consulares, siendo nombrados cónsules, aunque ausentes, Q. Fabio Máximo, hijo del cónsul, y T. Sempronio Graco, por segunda vez. Nombróse pretores á M. Atilio y P. Sempronio Tuditano, Cn. Fulvio Centumalo y M. Emilio Lépidio, siendo entonces los tres ediles curules. Dice la tradición que los ediles curules presidieron por primera vez aquel año los juegos escénicos que se celebraban durante cuatro días. El edil Tuditano era aquel que en Cannas, cuando el desastre tenía á todo el ejército helado de terror, escapó á través del enemigo. Terminados los comicios, á propuesta del cónsul Q. Fabio fueron llamados á Roma los cónsules designados para que entrasen en funciones. Estos consultaron al Senado acerca de la guerra, de su gobierno y el de los pretores, acerca del ejército y de la elección de aquellos á quienes debían confiarlos.

Hízose, pues, la distribución de provincias y de ejércitos. Encargóse á los cónsules la guerra contra Aníbal, con el mando de los dos ejércitos de Sempronio y del cónsul Fabio, ejércitos que constaban de dos legiones cada uno. El pretor M. Emilio, encargado por suerte de la jurisdicción de los extranjeros, entregó sus poderes á su colega M. Atilio, pretor urbano, y tomó el mando de Luceria y de las dos legiones que había mandado el actual cónsul Q. Fabio. P. Sempronio recibió la provincia de Arimino y Cn. Fulvio la de Suesula, con dos legiones cada uno. Fulvio debía ponerse al frente de las legiones urbanas, y Tuditano recibir las suyas de M. Pomponio. A M. Claudio se le prorrogó su mando en Sicilia: este mando tenía por límites los del



antiguo reino de Hierón, El pretor Léntulo conservó la antigua provincia y P. Otacilio la flota. A Sicilia no se envió nuevo ejército. M. Valerio recibió la Grecia y la Macedonia con la legión y la flota que tenía ya. L. Mucio, con el antiguo ejército formado por dos legiones, recibió la Cerdeña; C. Terencio, una legión, que mandaba ya, y el Piceno. Alistáronse además dos legiones urbanas y veinte mil aliados. Estos eran los jefes y las tropas que debían sostener al imperio romano contra tantas guerras comenzadas ya ó que se temían. Los cónsules, después de haber alistado las dos legiones urbanas y completado las otras, antes de salir de la ciudad, expiaron los prodigios que se habían anunciado. Las murallas y las puertas habían sido heridas por el rayo, y en la ciudad de Aricia, el mismo templo de Júpiter había recibido el fuego del cielo. Los ojos y los oídos del pueblo estaban impresionados por otras ilusiones, á las que se daba crédito. Habíanse visto sobre el río en Terracina fantasmas de naves largas que no existían, y en el templo de Júpiter Vicilino, que se encuentra en territorio de Compsa, había resonado ruido de armas. En Amiterno habían arrastrado sangre las aguas. Cuando quedaron expiados todos estos prodigios, según la decisión de los pontífices, partieron los cónsules, Sempronio para la Lucania y Fabio para la Apulia. Fabio, el padre, marchó al campamento de Suesula para servir como legado de su hijo, que salió á recibir á su padre, precedido por los lictores, callados por respeto á varón tan eminente. Ya había pasado el anciano á caballo once haces (1). Cuando el cónsul mandó al licitor más próximo que cumplierse su deber. Habiendo gritado éste á Máximo entonces que bajase

(1) Según este relato, los lictores marchaban en fila delante del magistrado. De esta manera están representados en las medallas.

del caballo, el anciano se apeó diciendo: «He querido ver, hijo mío, si comprendías bien que eres cónsul.»

Dasio Altinio Arpino fué secretamente, durante la noche, acompañado por tres esclavos, á ver al cónsul, y le prometió, si se le aseguraba recompensa, que le entregaría á Arpi. Fabio dió cuenta al consejo, y todos opinaron «que era necesario azotar y matar como desertores á aquel enemigo pérfido de dos naciones, que después de la derrota de Cannas, como si la fidelidad hubiese de estar siempre al lado de la fortuna, se retiró junto á Anibal y decidió la defección de Arpi, y que ahora que contra sus esperanzas y deseos resucitaba Roma, por decirlo así, ofrecía otra nueva y más vergonzosa traición á los que antes había vendido. Siempre del partido contrario al que abrazaba, aliado infiel, enemigo sin fe, después de los dos miserables que habían querido hacer traición á los falerios y el rey Pirro, debía darse tercer ejemplo para los desertores.» Fabio, el padre del cónsul, decía, por el contrario, «que era olvidar el estado en que se encontraban los asuntos, querer, en medio de la guerra, juzgar á cada cual con independencia de toda consideración exterior como si se estuviese en paz; que cuando era necesario ante todo pensar en los medios posibles de impedir á cualquier aliado abandonar al pueblo romano, querían, sin fijarse para nada en esta necesidad, hacer un ejemplo con los que se arrepentían, y dirigían con pena la vista sobre la alianza á que habían renunciado. Que si se podía abandonar á los romanos y se impedía para siempre volver á ellos, no podía dudarse que Roma quedaría muy pronto sin ningún aliado, y que todos los pueblos de Italia se unirían á los cartagineses. Lejos estaba sin embargo de pensar que debiese otorgarse la menor confianza á Altinio, pero quería tomar un término-medio. Por el momento no debía considerársele como enemigo ni como aliado, sino



dejarle bajo vigilancia, aunque libre, en alguna ciudad fiel, cercana del campamento, y guardarle en ella durante la guerra; que una vez terminada ésta, se vería si merecía por su primera traición más castigo que indulgencia por su arrepentimiento.» Adoptóse la opinión de Fabio; cargóse de cadenas á Altinio, lo mismo que á sus compañeros, y guardaron, para devolvérsela, una cantidad considerable de oro que había llevado. Depositósele en Cales, donde le dejaban libre durante el día, aunque le seguían guardias y le encerraban por la noche. En Arpi, su patria, le echaron de menos al principio, y hasta le buscaron; pero muy pronto se extendió por la ciudad la noticia, y como era el jefe, su pérdida produjo algún tumulto. Con el temor de un cambio, enviaron para prevenir á Aníbal, que se preocupó muy poco de este acontecimiento, porque hacía tiempo desconfiaba de Altinio como de un traidor, y además se le presentaba ocasión de apoderarse de los bienes de un hombre tan rico y venderlos. Con el fin de demostrar que cedía á la indignación y no á la avidez, se mostró severo hasta la crueldad. Hizo llevar al campamento la esposa y los hijos de Altinio y les interrogó primeramente acerca de su fuga; en seguida acerca de lo que había dejado en su casa en oro y plata, y cuando quedó bien enterado de todo, mandó quemarles vivos.

Fabio partió de Suesula yendo primeramente á sitiar á Arpi. Establecióse á unos quinientos pasos de la ciudad, examinó de cerca su posición y la de sus fortificaciones, y viendo que la parte más fuerte era la que guardaban menos, decidió reconcentrar en aquel punto el ataque. Después de proveerse de todo lo necesario para un sitio, reunió á los centuriones más valientes de todo el ejército, les dió por jefes tribunos muy esforzados, y les mandó que á la señal de la cuarta vigilia llevasen escalas al punto designado. Había allí una puerta baja

y estrecha, que daba á una calle solitaria en un barrio desierto de la ciudad. Ordenóles que franqueasen aquella puerta con las escalas, que se dirigiesen en seguida á la muralla, que rompiesen por dentro las cerraduras, y una vez dueños de aquella parte de la ciudad, que advirtiesen al ejército con toques de trompeta para que el cónsul pudiese hacer avanzar las tropas, que tendría completamente preparadas. Ejecutáronse estas medidas con actividad, y lo que parecía ser un obstáculo, les ayudó más que todo á engañar al enemigo. Violenta lluvia, cayendo á media noche, obligó á los guardias y á los centinelas á alejarse de sus puestos y á refugiarse en las casas. Al principio el ruido del temporal impidió que se oyese el que hacían los romanos al forzar la puerta; después la caída más lenta y floja de la lluvia adormeció á casi todos los guardias. Una vez dueños de la puerta, los romanos colocan las trompetas en la calle á iguales distancias y les mandan tocar para advertir al cónsul. Á esta señal convenida, el cónsul manda avanzar las tropas, y pocos momentos después entra en la ciudad por la puerta que acababa de ser forzada.

Entonces despertaron al fin los enemigos; la lluvia calmaba y el día estaba ya cercano. En la ciudad había una guarnición cartaginesa de cerca de cinco mil hombres y tres mil vecinos estaban armados. Los cartagineses les colocaron en primera fila en frente del enemigo, porque querían evitar que los sorprendiesen por la espalda. Al principio pelearon en la obscuridad en calles estrechas, habiéndose apoderado los romanos de las calles y hasta de las casas inmediatas á la puerta para que no pudiesen atacarles y herirles desde los techos. Como tenían algún conocimiento de la ciudad, trabaron conversación con los de Arpi. Los romanos les preguntaban qué querían; qué malos tratamientos por parte de Roma ó qué beneficios de los cartagineses les habían



llevado, siendo italianos, á pelear contra los romanos, sus antiguos aliados, en favor de extranjeros y de bárbaros, y á trabajar de aquella manera para hacer á Italia tributaria y esclava de África. Estos, para justificarse, decían que sus jefes les habían vendido á los cartagineses sin que ellos lo supieran; que habían sido sorprendidos y oprimidos por corto número de ellos. Propagándose así la conversación por una y otra parte, el pretor de Arpi fué llevado por los suyos ante el cónsul. Allí, á la vista de las enseñas, en medio del combate, juraron alianza, y en el acto los vecinos tomaron partido por los romanos contra los cartagineses. Los españoles también, que eran cerca de mil, pasaron al cónsul, con la única condición de que se expulsaría sin maltratarla á la guarnición cartaginesa. Abrióronla las puertas y la enviaron fielmente á Aníbal, con quien se reunió sana y salva en Salapia. Arpi volvió, á los romanos sin que hubiese más víctimas que un solo hombre, traidor antes, y ahora desertor. Los españoles recibieron ración doble, y la república tuvo muchas ocasiones de experimentar su valor y fidelidad. Mientras un cónsul se encontraba en la Apulia y el otro en Lucania, ciento doce nobles caballeros campanios, so pretexto de ir á talar el territorio enemigo, consiguieron permiso de los magistrados para salir de Capua y marcharon al campamento romano de Suesula. En las puertas declararon quiénes eran y que querían hablar con el pretor. Advertido éste, mandó que entrasen diez de ellos desarmados; y después de escuchar su petición (sólo querían entrar en posesión de sus bienes después de la toma de Capua) recibió la promesa de fidelidad de todos. El otro pretor, Sempronio Tuditano, había tomado por asalto la ciudad de Aterno, donde se apoderó de siete mil hombres y de cierta cantidad de cobre y plata acuñada. En Roma estalló un incendio terrible que duró dos noches y un día,

quemándose todo hasta los cimientos, desde las Salinas y la puerta Carmental hasta el Equimelio y la calle Yugaria. Al otro lado de la puerta se extendió el fuego y devoró muchos edificios sagrados y profanos en los recintos consagrados á la Fortuna, á Matuta madre y la Esperanza.

En este mismo año los dos Escipiones, después de brillantes triunfos en España, después de haber renovado muchas alianzas antiguas y formado otras nuevas, concibieron esperanzas hasta sobre el Africa. El rey de los númidas Sifax (1) se convirtió de repente en enemigo de Cartago. Los generales romanos le enviaron tres centuriones para que ajustasen un tratado de amistad y alianza, y prometerle, si continuaba haciendo la guerra á Cartago, que el Senado y el pueblo romano se lo agradecerían, y, en ocasión oportuna, harían todos los esfuerzos necesarios para manifestarle ampliamente su gratitud. La legación agradó bastante al bárbaro, que habló mucho con los romanos acerca de los medios de hacer la guerra, y por lo que le dijeron aquellos veteranos, al comparar la admirable organización de las tropas romanas con la de las suyas, comprendió cuánto ignoraba: así fué que les pidió ante todo que para obrar como buenos y fieles aliados «volviesen dos centuriones solamente á dar cuenta de su embajada á sus generales, y que uno de los tres quedase con él para enseñar á los númidas el arte militar; que su nación era completamente inhábil en los combates de infantería, no sabiendo utilizar más que sus caballos; que desde los primeros tiempos sus antepasados solamente habían comba-

(1) No era Sifax rey de todos los númidas, sino solamente de los númidas masesilianos, como Gala y Masinisa lo eran de los númidas masilios. Sin embargo, Sifax mandó por algún tiempo á estos númidas después de arrojar de su reino á Masinisa.



tido á caballo, y que ellos mismos, desde su infancia, no habían aprendido á combatir de otra manera; que teniendo un enemigo cuya infantería era excelente, era necesario que organizase él también una infantería; que en su reino había muchos hombres, pero que ignoraba la manera de armarlos, de equiparlos y ordenarlos; que su ejército, como toda multitud reunida de pronto, solamente ofrecía desordenadas masas.» Los legados constataron que inmediatamente iban á hacer lo que pedía; después de recibir la palabra del rey de que devolvería al centurión si sus generales no aprobaban su conducta. El que quedó con el rey se llamaba Q. Estatorio. El númida envió á España con los otros dos romanos embajadores que debían recibir la palabra de los generales y trabajar para atraerse lo más pronto posible á los númidas auxiliares que formaban parte de las guarniciones cartaginesas. Estatorio creó con la juventud númida una infantería al rey, enseñándola, según la táctica romana, á formar en línea, á correr siguiendo las enseñas y á conservar las filas; acostumbándola de tal manera, en fin, á los trabajos y todo lo que constituye la disciplina militar, que muy pronto tuvo el rey tanta confianza en su infantería como en su caballería. Encontróse con los cartagineses en una llanura y les retó á batalla campal. Los romanos, por su parte, ganaron mucho en España con la llegada de los legados del rey; porque en cuanto se informaron los númidas se les pasaron en gran número. Ajustóse, pues, alianza con Sifax, y ante esta noticia, los cartagineses enviaron una legación á Gala, que reinaba en la otra parte de la Numidia, á cuyos habitantes se llama masilios.

Tenía Gala un hijo llamado Masinisa, de diez y siete años de edad y cuyo carácter anunciaba ya que haría su reino más grande y considerable que lo recibiría de su padre. Los legados anuncian á Galá «que puesto que

Sifax se había unido con los romanos para llegar á ser, con el apoyo de su alianza, más poderoso que los demás reyes y pueblos de África, interés de Gala era unirse cuanto antes con los cartagineses antes de que Sifax pasase á España ó los romanos á África; que de esta manera podrían abrumar á Sifax, que hasta ahora solamente era aliado nominal de Roma.» Fácilmente persuadieron á Galá á que enviase un ejército, porque su hijo deseaba aquella guerra. Uniendo el joven sus tropas con las de los cartagineses, desafió á Sifax á una gran batalla, en la que perecieron treinta mil hombres, según se dice. Sifax escapó con algunos jinetes del campo de batalla y se refugió entre los maurusios, númidas también que habitan en el extremo, á orillas del Océano, en frente de Cádiz. A la fama de su nombre, acudieron de todas partes los bárbaros y muy pronto formó un ejército inmenso. Antes de que pasase con él á España, de la que solamente le separaba un estrecho, llegó Masinisa con sus tropas victoriosas, y allí, solo, sin auxilio alguno de Cartago, sostuvo gloriosamente la guerra contra Sifax. En España no ocurrió nada memorable, como no sea que los generales romanos se atrajeron la juventud de los celtiberos, por el mismo sueldo convenido con los cartagineses, enviando á Italia más de trescientos españoles de las familias más nobles, con objeto de que procurasen ganar á sus compatriotas que servían como auxiliares en el ejército de Aníbal. En este año una sola cosa notable ocurrió en España, el hecho de ser los celtiberos los primeros soldados mercenarios que hasta entonces habían recibido los romanos en su ejército.